

INFORME RIESGO PAÍS

TURQUÍA

Madrid, 15 de diciembre de 2021

TURQUÍA

Marco político. A lo largo de la última década el presidente Erdogan ha neutralizado los contrapesos tanto en los sectores seculares como en los islamistas, con medidas cada vez más autoritarias. Además, ha configurado un sistema político a su medida, donde el mandatario y su partido, el AKP, controlan con firmeza los medios de comunicación y las instituciones.

Sin embargo, este modelo no es impermeable. La victoria de la oposición en las principales alcaldías del país en 2019 fue un duro e inesperado revés para el partido oficialista. La debilidad de Erdogan se ha agravado desde entonces y, día de hoy, no se puede descartar la posibilidad de que no logre revalidar su mandato en las elecciones presidenciales de 2023.

Política exterior. Turquía se ha convertido en uno de los grandes protagonistas del tablero geopolítico. Notable aumento de la influencia en Oriente Medio, tras la decisiva intervención en la guerra de Libia y en la de Siria. Actitud beligerante con los tradicionales socios occidentales. Especialmente sensible es la disputa en el Mediterráneo, donde la competencia por explotar los yacimientos de gas podría disparar la tensión hasta terrenos inexplorados.

Economía diversificada, con un buen clima de negocios y un sector privado consolidado e integrado en las cadenas globales de valor. Ahora bien, el país adolece de una notable vulnerabilidad: la dependencia de la financiación exterior.

Coyuntura. El país encaró la pandemia sin haber superado las cicatrices de la crisis cambiaria de 2018. Sin embargo, Turquía ha resistido razonablemente bien las turbulencias, sustentado en el extraordinario aumento de la actividad crediticia. Fue una de las escasas economías que no se contrajo en 2020. Para el presente año se espera un aumento del PIB del 9%, impulsado por el avance de la campaña de vacunación y el buen comportamiento de las exportaciones. En el lado negativo, se ha agravado la debilidad de la moneda y han aumentado las presiones inflacionistas, en buena parte debido al intervencionismo del presidente en las decisiones del Banco Central.

Cuentas públicas saneadas. A pesar del *shock* provocado por la pandemia, el déficit se ha mantenido en valores moderados, gracias, en parte, al traspaso de fondos desde otras instituciones públicas, como el Banco Central. La prudencia fiscal en la última década ha permitido mantener la deuda en valores reducidos, actualmente por debajo del 40% del PIB.

Balanza de pagos. La depreciación de la lira ha mejorado la competitividad de las empresas turcas y ha encarecido la importación de bienes. En consecuencia, el desequilibrio exterior se ha reducido hasta valores manejables. Ahora bien, resulta preocupante la caída del volumen de reservas, actualmente en el mínimo recomendado.

Deuda externa moderada; sin embargo, el elevado peso de los pasivos a corto plazo entraña una notable exposición a las condiciones del mercado y a los movimientos de la lira. En líneas generales, las empresas tienen recursos para hacer frente a un escenario exigente; pero podrían ser insuficientes en aquellos sectores más castigados por la crisis del covid-19 o en los que están endeudados en divisas y obtienen sus ingresos en liras.

1. SITUACIÓN POLÍTICA

- Desde que llegó al poder, en 2002, el presidente Erdogan ha transformado el marco socio político de Turquía. En este tiempo ha apartado del poder a las Fuerzas Armadas y a la élite laica, y ha aplacado a las voces críticas dentro del islamismo.
- Este proceso se ha sustentado en medidas con preocupantes tintes autoritarios, especialmente tras el fallido golpe de Estado de 2016. El viaje político de Erdogan ha estado acompañado de la exaltación de los valores nacionalistas así como de su figura como el garante de la estabilidad y el líder necesario para defender el papel de Turquía en el exterior, un relato que ha fidelizado a buena parte de la ciudadanía.
- Sin embargo, no ha logrado ampliar significativamente su base electoral, lo que ha conducido a una polarización de la sociedad. Las primeras grietas se evidenciaron en las elecciones municipales de 2019. La oposición logró una inesperada victoria en los principales núcleos urbanos, incluido la capital, Ankara, y el centro económico del país, Estambul.
- Desde entonces la debilidad del AKP se ha agravado, como consecuencia de los casos de corrupción que han salpicado a miembros del Gobierno y de la controvertida gestión económica del Ejecutivo. Al mismo tiempo, la oposición ha reforzado sus opciones, aupada por su gestión al frente de las principales municipalidades del país y por la inédita colaboración entre los distintos partidos políticos. Las encuestas apuntan que, de celebrarse elecciones a día de hoy, Erdogan no lograría revalidar su mandato, algo que parecía impensable. Ahora bien, los comicios no tendrán lugar hasta 2023, un horizonte temporal suficientemente amplio para que el AKP recupere el terreno perdido.

EL REINADO DE ERDOGAN

En poco más de una década, el presidente Recep Tayyip Erdogan se ha convertido en el gran protagonista del marco político de Turquía. El camino no ha sido sencillo; al contrario, ha sido una especie de carrera de obstáculos, donde ha demostrado grandes dosis de inteligencia, estrategia, ambición y, sobre todo, autoritarismo; una trayectoria escenificada con grandes dosis de épica en la película biográfica “Reis” (el líder).

Primero derribó los muros que representaban la élite laica y las Fuerzas Armadas, los baluartes del sistema *kemalista* que controlaban con mano de hierro las instituciones, e intercedían en la escena política recurrentemente para quitar y poner gobiernos⁽¹⁾. Este escenario era especialmente asfixiante para las organizaciones islamistas, como la organización política fundada por Erdogan, el Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP)⁽²⁾.

Una vez desarticulado el poder de las Fuerzas Armadas y de la élite laica, emergió un nuevo desafío: la rivalidad entre los dos movimientos islamistas (el oficial, representado por el Gobierno, y el social, liderado por el movimiento gulenista fundado por el clérigo Fethullah Gülen). El conflicto soterrado por controlar las instituciones afloró en 2013, cuando los medios

(1) El *kemalismo* hace referencia al modelo sociopolítico diseñado por el fundador de la República de Turquía, Mustafá Kemal Atatürk, sustentado en la separación del Estado de las influencias religiosas, la occidentalización de las instituciones y la política exterior de no intervención. La sucesión de coaliciones débiles fue una constante y, entre 1960-1980, los gobiernos apenas duraron más de un año.

(2) En 1998 el propio Erdogan fue condenado a diez meses de prisión por recitar un poema en el que comparaba los minaretes de las mezquitas con bayonetas y las cúpulas con yelmos.

de comunicación afines a Gülen criticaron la actuación del Gobierno durante las protestas del parque Gezi⁽³⁾. En respuesta, Erdogan -que a lo largo del tiempo ha demostrado poca tolerancia con las voces críticas- ordenó el cierre de las escuelas universitarias gulenistas, lo que cortocircuitó su principal línea de financiación. Como si de una partida de ajedrez se tratara, la organización islamista elevó el pulso, y fiscales y policías vinculados al movimiento iniciaron una investigación por corrupción que involucraba a numerosos altos cargos, incluido el propio Erdogan.

Ante el riesgo de que su caída pudiera acarrear, incluso, su encarcelamiento, el mandatario reaccionó con dureza y en escasas semanas aprobó un conjunto de medidas con tintes autoritarios. Entre otras, reforzó el control sobre el poder judicial; otorgó al Ejecutivo la capacidad de bloquear páginas webs y redes sociales y llevó a cabo una profunda reestructuración dentro del personal del Estado, una maniobra que debilitó enormemente a los gulenistas y permitió a Erdogan extender su poder sobre las instituciones⁽⁴⁾.

Esta preocupante deriva autoritaria se disparó después del golpe de Estado fallido de 2016⁽⁵⁾. El Gobierno capitalizó la asonada para acometer una purga masiva de todos aquellos sospechosos de mantener algún tipo de vínculo, por remoto que fuese, con el levantamiento⁽⁶⁾.

POBLACIÓN	84,3 mill. hab.
RENTA PER CÁPITA	8.538 \$
RENTA PER CÁPITA PPA	28.380 \$
EXTENSIÓN	783.562 Km²
RÉGIMEN POLÍTICO	Rep. Presidencial
CORRUPCIÓN	86/180
DOING BUSINESS	33/190

Datos a 2020

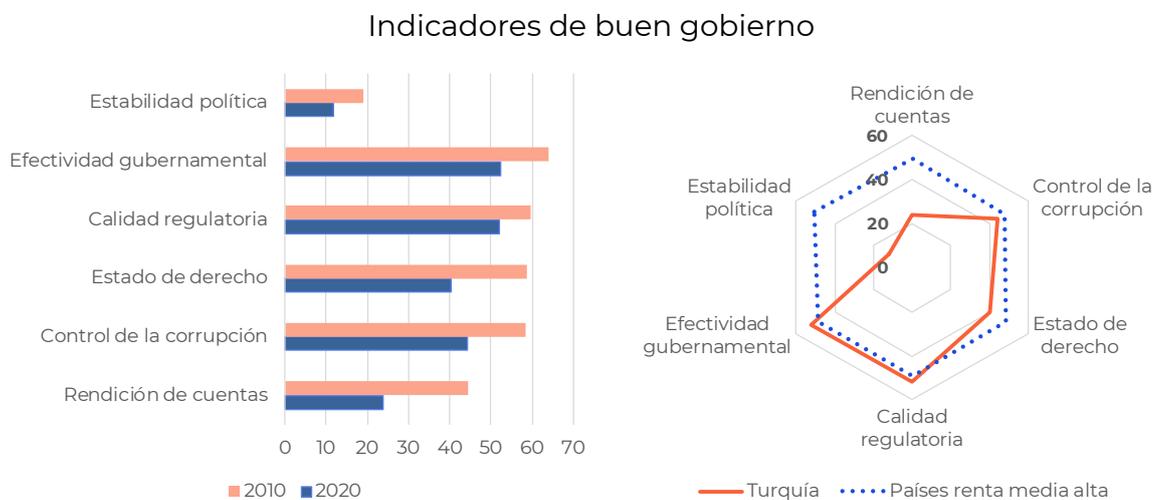
Una vez eliminados los principales contrapesos, el gobierno diseñó una reforma constitucional, aprobada por referéndum en abril de 2017, que sustituyó el sistema parlamentario por un modelo presidencialista con una elevada concentración de poder. Entre otras cosas, se limitó la facultad del parlamento de investigar o suspender al presidente; se otorgó al Jefe del Estado la posibilidad de promulgar leyes por decreto, y se concedió al presidente la potestad en el nombramiento de ministros, jueces y del gobernador del banco central.

En definitiva, Erdogan ha desmantelado el papel del estamento militar como juez y árbitro del marco político y, en su lugar, ha implantado una especie de "autoritarismo competitivo", en el que el control de los medios de comunicación, la construcción de redes clientelares y el hostigamiento a las voces críticas reducen notablemente las posibilidades de alternancia en el poder.

-
- (3) En mayo del 2013 un pequeño grupo de ecologistas se manifestó contra la transformación de ese espacio en un centro comercial. La respuesta excesiva de la policía contra los protestantes originó una oleada de indignación y dio lugar a grandes manifestaciones contra el autoritarismo del Gobierno. Los enfrentamientos con las fuerzas de seguridad se saldaron con cinco manifestantes fallecidos y miles de heridos.
- (4) Más de 7.000 policías y 300 jueces y fiscales fueron relevados de sus puestos, incluyendo los que dirigían la investigación sobre la presunta trama de corrupción en la que estaba involucrado el Jefe del Estado.
- (5) Las teorías sobre el origen del levantamiento son numerosas. Las autoridades sostienen que los responsables fueron Gülen y sus seguidores. Otras teorías sugieren que los servicios secretos tenían conocimiento del golpe y permitieron que sucediera, dada la escasa probabilidad de éxito. E, incluso, existe la hipótesis de que en realidad fue un autogolpe perpetrado por el propio Erdogan con la intención de blindarse en el poder.
- (6) Las cifras son extraordinarias. En este tiempo se han clausurado más de un centenar de medios de comunicación y se han producido más de 160.000 detenciones. Algunos gulenistas han denunciado la práctica de secuestros, torturas y detenciones irregulares, incluso en terceros países.

Todo ello ha venido acompañado de un modelo cada vez más personalista dentro de su propio partido. La pluralidad que hubo en los inicios del AKP ha desaparecido y algunos de los históricos de la organización han abandonado -o han sido expulsados- por las discrepancias con Erdogan.

No sorprende, pues, el deterioro a lo largo de la última década de los principales indicadores internacionales que miden la calidad de los sistemas políticos. En el caso del Índice de Buen Gobierno, elaborado por el Banco Mundial, la puntuación empeora en prácticamente todas las variables, especialmente en los indicadores de “rendición de cuentas” y “estabilidad política”. Por su parte, la organización no gubernamental Freedom House, que evalúa el respeto de los derechos políticos y de las libertades civiles, considera a Turquía “un país no libre”. Por su parte, la organización Reporteros Sin Fronteras sitúa a Turquía en la parte baja del Índice de Libertad de Prensa; en concreto en la posición 153 de un total de 180 Estados.



Fuente: Banco Mundial

UN REVÉS INESPERADO

La transformación del marco político ha estado acompañada de la exaltación de los valores nacionalistas y del culto a la personalidad del líder. Con el apoyo de los medios de comunicación al servicio del Estado, Erdogan se ha posicionado, para parte de la ciudadanía, como el garante de la estabilidad y el defensor del papel protagonista de Turquía en el exterior, una narrativa que ha capitalizado el sentimiento de nostalgia del imperio perdido. El relato se ha engrandecido con el desarrollo de megaproyectos de construcción, algunos de ellos algo grandilocuentes, como la ostentosa sede de la presidencia turca, el nuevo aeropuerto internacional de Estambul o los planes para construir un canal marítimo artificial paralelo al Bósforo.

Esta estrategia ha demostrado una considerable efectividad, ya que ha fidelizado ciegamente a parte de la población, con especial éxito en las áreas rurales del interior del país, algo que no resulta sorprendente en una sociedad donde el nacionalismo está fuertemente arraigado.

Ahora bien, no ha logrado ampliar sustancialmente su base electoral, lo que ha conducido a una peligrosa polarización de la sociedad. Por un lado, el AKP y su aliado, la formación

nacionalista de extrema derecha MHP⁽⁷⁾, y, por otro lado, el resto de partidos contrarios a Erdogan, un ecosistema heterogéneo que incluye a votantes de izquierda, seculares, kurdos y parte de los islamistas moderados. Los dos bloques antagonistas cuentan con una base electoral bastante similar y, en las convocatorias celebradas en los últimos años, el AKP y el MHP han superado por un reducido margen el 50% de los votos.

Por tanto, el sistema diseñado por Erdogan no es impermeable. Las primeras grietas se evidenciaron en las elecciones municipales de 2019. El AKP ganó los comicios a nivel nacional, al obtener el 44% de los votos y 778 de las 1.388 alcaldías. Sin embargo, el principal partido de la oposición, el CHP, de centroizquierda, logró la victoria en las tres principales ciudades del país: Ankara, Esmirna y Estambul.

La derrota en Estambul fue especialmente sensible. La metrópoli es el centro económico y social del país (concentra el 20% de la población y un tercio del PIB), además de ser uno de los tradicionales feudos del AKP, al frente de la municipalidad desde 1994. Las elecciones en la ciudad del Bósforo se convirtieron en un proceso estrambótico, tras la decisión de la Comisión Electoral Suprema de Turquía de anular los resultados por las supuestas irregularidades que se cometieron en la composición de las mesas electorales⁽⁸⁾.

La inédita decisión fue interpretada por los sectores críticos como una maniobra del AKP para evitar la pérdida de la alcaldía; un paso más en la deriva autoritaria que erosionaba los valores fundamentales de cualquier democracia; sin embargo, la repetición de las elecciones resultó contraproducente para los intereses del partido oficialista, dado que en la segunda convocatoria, el candidato del CHP, Ekrem Imamoglu, amplió su distancia al obtener el 54% de los votos.

La victoria del CHP en los tres principales núcleos urbanos, así como en otros de los feudos tradicionales del AKP en la región de Anatolia, constituyó un hito en la historia de la formación y un notable revés para el partido oficialista. La oposición gestiona actualmente municipalidades que, en su conjunto, representan el 60% del PIB y, además, arrebató al partido del gobierno una pieza fundamental de su maquinaria clientelar. El varapalo electoral ahondó, asimismo, las divisiones dentro del AKP, y varios altos cargos desafectos con Erdogan abandonaron la formación para crear sus propias organizaciones políticas. En concreto, el antiguo ministro de Exteriores, Ahmet Davutoglu, presentó a finales de 2019 el Partido del Futuro y, unos meses después, el que fuera viceministro, Alí Babacan, fundó Progreso y Democracia.

Podría achacarse el sorprendente resultado de los comicios a un trasvase de votos entre los dos bloques; sin embargo, la radiografía de la convocatoria no evidenció grandes cambios en la preferencia de los electores. La principal diferencia en esta ocasión fue la inédita unión de los partidos de la oposición. Hasta entonces, la heterogeneidad de los sectores contrarios al Gobierno había dificultado la construcción de una gran coalición, una división que reforzaba las opciones del partido oficialista. En esta convocatoria, en cambio, el partido kurdo, el HDP,

(7) El MHP es en origen un partido laico, caracterizado por su posición ultranacionalista. En los comienzos del gobierno del AKP rivalizaba con éste por el electorado más conservador, y rechazaba de plano las negociaciones con los separatistas kurdos. Progresivamente ha adoptado una mayor tolerancia a la agenda islamista y unió sus fuerzas con el AKP cuando éste inició la ofensiva contra los kurdos. En 2017 apoyó el referéndum constitucional y en 2018 formó una alianza electoral con el AKP.

(8) La decisión fue controvertida, dado que se anuló la elección a la alcaldía pero, en cambio, se dio por válida la votación a los miembros de la asamblea municipal, donde el AKP había logrado una amplia mayoría.

decidió no presentar candidato a la alcaldía y pedir el voto por el CHP, algo que resultó determinante en la derrota del partido de Erdogan.

¿EL FIN DEL VIAJE?

Desde entonces el escenario ha avanzado en contra de los intereses del presidente. La crisis del covid-19 interrumpió bruscamente el proceso de recuperación de la economía. Aunque en comparación con otras naciones Turquía demostró una resistencia mayor de lo esperado, la cuestionada gestión de Erdogan ha agravado las principales debilidades estructurales del país. Especial controversia ha suscitado la intromisión del mandatario en las decisiones del Banco Central, escenificada en el cese de los gobernadores que defendían una política monetaria contraria a las prioridades del presidente, conocido por su oposición a subir los tipos de interés.

La rebaja de los tipos de interés en un contexto de elevada inflación ha abaratado la financiación en moneda local; sin embargo, al mismo tiempo ha desencadenado efectos perniciosos de mayor intensidad. La pérdida de credibilidad e independencia del Banco Central ha provocado una severa depreciación de la moneda y ha acelerado las presiones inflacionistas hasta cerca del 20%, unos efectos colaterales que están erosionando notablemente la capacidad de compra tanto de las empresas como de los hogares.

A esto se unen los sucesivos escándalos por corrupción que involucran al círculo de confianza del presidente. Especial notoriedad y debate entre la opinión pública ha originado la publicación de una serie de videos por parte de uno de los líderes de la mafia turca en los que responsabiliza a altos cargos del Gobierno de numerosos delitos -algunos de ellos de sangre-, además de acusar al Ejecutivo de colaborar con organizaciones criminales.

Todo ello ha erosionado la popularidad del presidente y, de acuerdo con las últimas encuestas publicadas, el apoyo al AKP ha descendido hasta el 30-33%, diez puntos porcentuales menos con respecto a los votos obtenidos en anteriores convocatorias. El respaldo a su aliado en el gobierno, el MHP, también ha descendido hasta el 8%, por debajo del umbral exigido para entrar en el Parlamento (10%). Por el contrario, la suma de los apoyos a los dos principales partidos de la oposición, el CHP y el IYI supera el 44% del electorado. De ser así, Erdogan difícilmente podría continuar al frente del Estado si se celebrasen elecciones a día de hoy, un escenario impensable hasta ahora.

Las opciones del mandatario se reducen, además, por la creciente sintonía entre los partidos de la oposición, una amalgama de organizaciones con distintos principios ideológicos que comparten, sin embargo, un objetivo común: evitar la continuidad del presidente. El éxito obtenido en las elecciones municipales ha alentado a los partidos de la oposición a reforzar su colaboración. Recientemente, seis de los principales grupos opositores -entre ellos las dos organizaciones fundadas por antiguos ministros de Erdogan, que compiten por el mismo electorado que el AKP- se reunieron para consensuar una hoja de ruta para reforzar la independencia de la judicatura, de los medios de comunicación y del sistema educativo.

Esta inédita unión supone un desafío añadido para los intereses del mandatario. En esta ocasión, además, la oposición cuenta con líderes carismáticos que gozan de una elevada popularidad entre el electorado, corrigiendo, así, una de sus principales debilidades. Actualmente los alcaldes de las ciudades de Ankara y Estambul, ambos militantes del CHP, son

dos de los políticos mejor valorados del país, con un porcentaje de aprobación muy superior al del presidente.

Todo ello dibuja un escenario complejo para Erdogan, acostumbrado a ganar todas las citas en las que ha participado. Sin embargo, los próximos comicios no tendrán lugar hasta 2023, un horizonte demasiado amplio para vaticinar su derrota.

El Ejecutivo confía en reconducir en este tiempo la economía, una vez superada la pandemia. Tampoco se puede descartar la posibilidad de que surjan grietas en el bloque de la oposición a medida que se acerquen las elecciones. Además, sus posibilidades podrían reducirse si, finalmente, el Tribunal Constitucional ordena la disolución del partido pro kurdo, el HDP, la tercera organización con mayor representación parlamentaria, con alrededor del 10% de los votos⁽⁹⁾.

En cualquier caso, no se debe obviar que el marco político de Turquía se ha instalado, desde hace años, en una especie de montaña rusa, donde se suceden acontecimientos (políticos, geopolíticos y económicos) extraordinarios, por lo que no se pueden descartar escenarios difícilmente predecibles en estos momentos, como ya ocurrió en las elecciones a la municipalidad de Estambul. Muchos apuntan que la posibilidad de que el marco político escriba un nuevo capítulo inesperado dependerá, en buena medida, de hasta dónde estaría dispuesto el presidente a retorcer los principios democráticos para defender sus intereses.

CONFLICTO KURDO

El desplazamiento ideológico del Gobierno hacia posiciones más nacionalistas se ha traducido en una política más agresiva respecto a la cuestión kurda. Atrás queda la estrategia de acercamiento que culminó con el acuerdo de un proceso de paz en 2013. Las relaciones comenzaron a deteriorarse severamente en la segunda mitad de 2014, a raíz de la pasividad de los turcos frente a la expansión del Estado Islámico, especialmente cuando Ankara impidió a voluntarios del PKK traspasar la frontera con Siria para defender la ciudad kurda de Kobane.

La ruptura definitiva de las relaciones se produjo tras el atentado del Estado Islámico contra un centro cultural kurdo en 2015. El PKK responsabilizó del ataque al Gobierno turco por los escasos esfuerzos para frenar la expansión del grupo yihadista, y perpetró un atentado contra dos policías turcos. A partir de ahí las hostilidades escalaron rápidamente y el ejército turco efectuó un gran despliegue militar en el Kurdistán. Desde entonces los enfrentamientos han causado más de 2.200 víctimas y, además, se han cerrado numerosos medios de comunicación, empresas y organizaciones civiles.

En el plano político, Erdogan controla con firmeza las instituciones de los municipios kurdos. El Gobierno ha sustituido a la mayoría de los alcaldes del HDP elegidos democráticamente en los comicios de 2019 por interventores de su confianza.

(9) A mediados de año la Fiscalía solicitó al Tribunal la ilegalización del partido por su presunta vinculación con el Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK), la milicia independentista kurda considerada terrorista por Ankara.

El proceso judicial en contra del HDP constituye el último capítulo en la compleja cuestión kurda. De producirse su ilegalización supondría la desaparición de las organizaciones nacionales pro kurdas en el ecosistema político de Turquía.

2. POLÍTICA EXTERIOR

- En apenas unos años Turquía ha dado un salto cualitativo en sus aspiraciones de convertirse en una de las principales potencias geopolíticas.
- La caótica guerra civil en Siria se convirtió en una oportunidad para aumentar la influencia en Oriente Medio y debilitar a las milicias kurdas sirias. Posteriormente, Ankara dio un paso más al intervenir en el conflicto de Libia. En ambos casos, la participación de Turquía ha sido determinante, dado que ha modificado el tablero bélico. De momento, el país otomano ha logrado contener los daños, al mismo tiempo que ha alcanzado sus objetivos sin grandes dificultades.
- Esto ha venido acompañado de una mayor asertividad y beligerancia en las relaciones con los tradicionales socios occidentales. Las fricciones con la Unión Europea son numerosas y, por si fuera poco, las ambiciones de Turquía de explotar los yacimientos de gas en aguas del Mediterráneo han convertido la región en un polvorín. Las relaciones con Estados Unidos también se han erosionado notablemente, como evidenció la escalada de sanciones a mediados de 2018.
- Hasta ahora Turquía ha demostrado una cierta habilidad para desenvolverse en escenarios diplomáticos tensionados, aprovechando sus fortalezas y capitalizando las debilidades del resto. Sin embargo, los frentes son tan numerosos que no se puede descartar la posibilidad de una escalada de la tensión en alguno de ellos, un riesgo que podría adentrar las disputas con las potencias regionales e internacionales hacia terreno desconocido.

La política exterior se ha convertido en una pieza fundamental en la narrativa de Erdogan para posicionarse como el líder necesario para recuperar el papel que le corresponde a Turquía como heredera del Imperio Otomano.

Para ello ha llevado a cabo una diplomacia coercitiva, sustentada en el músculo militar y en la potente industria armamentística⁽¹⁰⁾. La militarización de la política exterior es un fenómeno reciente, dado que, hasta hace bien poco, la estrategia era totalmente opuesta, una política sintetizada por el que fuera ministro de Exteriores entre 2009 y 2014, Ahmet Davutoğlu, como “cero conflictos con los vecinos”.

RECUPERANDO LA INFLUENCIA EN ORIENTE MEDIO

Es difícil encontrar una nación que participe en tantos frentes al mismo tiempo. Esta transformación comenzó a raíz de la guerra civil de Siria. Ankara aprovechó el escenario caótico para incrementar su peso en la región. La continuidad de Bashar al-Ásad nunca fue una prioridad, al igual que tampoco lo fue la expansión del Estado Islámico. La principal

(10) Turquía cuenta con el segundo mayor ejército de la OTAN, tan solo superado por Estados Unidos.

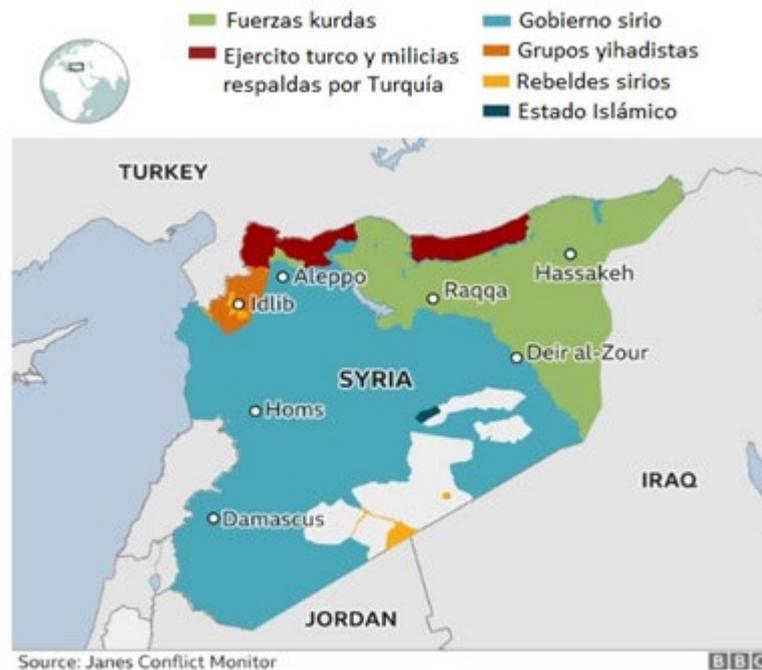
preocupación de Ankara ha sido y sigue siendo la milicia kurda siria, el YPG, considerada una rama del PKK.

Para neutralizar este desafío, el país otomano inició en 2017 una ofensiva militar en el norte de Siria, la primera intervención de Turquía en un escenario bélico desde la Primera Guerra Mundial.

Sustentado en sus capacidades militares, Ankara culminó sus objetivos sin grandes sobresaltos, obligando a las milicias kurdas a replegarse hacia el interior del país. Para asentar su influencia, repartió posteriormente el "territorio anexionado" entre la miríada de grupos armados que actuaron como punta de lanza durante la ofensiva (se especula que algunos de ellos están vinculados a Al Qaeda) y emprendió un programa de desarrollo, con la construcción de escuelas, hospitales y viviendas.

El resultado es que Ankara ha logrado crear una zona satélite a lo largo del 60% del territorio al sur de la frontera. Aunque oficialmente esta región continúa siendo parte de Siria, la influencia del régimen de Bashar al-Ásad es testimonial. Por el contrario, la lira turca se ha convertido en la moneda de uso corriente y las ciudades están conectadas directamente a la red eléctrica de Turquía. Buena parte de la población en estas zonas, incluso, ve con buenos ojos la tutela de Ankara, debido a la mejora de la calidad de vida en comparación con el territorio controlado por Damasco.

SITUACIÓN DE LA GUERRA DE SIRIA



Fuente: BBC

El siguiente episodio fue la participación en la guerra civil de Libia, un país dividido desde la caída del dictador Muamar el Gadafi en 2011. Al igual que ocurrió en Siria, el conflicto pronto se internacionalizó, convirtiendo la disputa en un ajedrez donde se proyectaban los intereses de terceros países.

Desde un principio Ankara se posicionó del lado del gobierno liderado por Fayed al Sarraj, con sede en Trípoli y reconocido por la ONU. Para ello adoptó un perfil secundario, limitándose al envío de ayuda humanitaria y al respaldo diplomático. Mucho más activo fue el papel de otras potencias, como Egipto, Emiratos Árabes Unidos, Francia y Rusia, que prácticamente desde el inicio dieron respaldo logístico, económico y militar a la facción rival, al gobierno de Tobruk, liderado por el general rebelde Jalifa Haftar.

Sin embargo, en 2019 Turquía dio un paso adelante y amplió su colaboración al ámbito militar, suministrando armamento y apoyo técnico. Además, puso en marcha una táctica cada vez más habitual: la participación sobre el terreno mediante “actores delegados” o “fuerzas proxies”. En vez de desplegar al ejército oficial, envió unidades del Ejército Nacional Sirio, una de las principales milicias rebeldes apoyadas por Turquía en la guerra de Siria.

La intervención resultó decisiva. Gracias al apoyo del país otomano, el gobierno de Trípoli logró en apenas unos meses neutralizar el asedio de las fuerzas de Haftar, recuperar el territorio aledaño a la capital, y, en definitiva, asegurar su supervivencia. La importancia de la participación turca ha sido tal que ha desplazado el conflicto hacia una nueva fase, un escenario de tablas que ha propiciado la firma de un alto el fuego y la apertura de un marco de diálogo para la celebración de elecciones, en un proceso auspiciado por la ONU.

A LA CONQUISTA DEL MEDITERRÁNEO

Al convertirse en el principal aliado del gobierno de Trípoli, Ankara ha dado un salto considerable en sus planes de incrementar su influencia sobre los territorios que formaron parte del Imperio Otomano.

Esta alianza, además, ha reforzado las ambiciosas aspiraciones de explotar las reservas de hidrocarburos en el Mediterráneo Oriental, unas pretensiones que han distorsionado el equilibrio regional y han añadido un nuevo frente en la política exterior turca.

La competencia por la extracción de hidrocarburos ha reactivado la disputa territorial entre Grecia y Turquía por la soberanía y los derechos económicos en el Mar Egeo. Grecia defiende que cada una de sus islas, por pequeñas que sean, tienen derechos exclusivos de perforación. Por su parte, Turquía argumenta que las islas griegas descansan sobre su plataforma continental y, por tanto, no generan zonas económicas a su alrededor, algo que contradice la Convención de Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar.

Para defender sus intereses en el Mediterráneo, Turquía ha optado, una vez más, por el enfrentamiento. En el plano teórico, Ankara ha reafirmado sus aspiraciones soberanistas sobre la región con la creación, junto con el Gobierno libio de Trípoli, de una zona económica exclusiva que dibuja un cinturón que se extiende desde la costa turca hasta la costa libia, un área que incluye casi la totalidad de los territorios reclamados por Chipre y Grecia. Además, comprende la superficie marítima por la que debería transcurrir el gasoducto EastMed que pretenden construir conjuntamente Chipre, Israel y Grecia⁽¹¹⁾. Aunque el acuerdo turco-libio tiene escasas implicaciones, dado que no ha sido reconocido por ningún país, envió un contundente mensaje

(11) La infraestructura gasista, de 1.900 kilómetros de longitud, conectaría las aguas israelíes con la isla de Chipre y, posteriormente, con la Grecia continental; una tubería que podría bombear 10.000 millones de metros cúbicos de gas al año, equivalente al 10% de la demanda del mercado europeo.

al resto de actores acerca de las pretensiones territoriales de Turquía y de su intención de bloquear cualquier gasoducto que atraviese el Mediterráneo Oriental.

ZONA ECONÓMICA EXCLUSIVA AUTOPROCLAMADA POR TURQUÍA Y LIBIA



Fuente: Anadolu Agency

Por el lado de los hechos, Ankara ha adoptado, en primer lugar, una estrategia de intimidación, con el despliegue de fragatas y drones militares en la zona y, en segundo término, una política de provocación, realizando misiones de exploración de hidrocarburos en las zonas en disputa con Chipre y con Grecia.

La actuación de Turquía ha desencadenado una carrera armamentística. Grecia ha reforzado su presencia militar en la zona para defender sus intereses y ha aumentado notablemente su presupuesto en defensa⁽¹²⁾. El despliegue de buques militares ha disparado la tensión hasta niveles sin precedentes, especialmente en los puntos más sensibles, como el territorio marítimo alrededor de la isla griega de Kastellorizo, situada a 550 kilómetros de la Grecia continental y a apenas 3 kilómetros de la ciudad costera turca de Kas. A mediados de 2020 la concentración en esa zona de buques militares griegos y otomanos estuvo a punto de desencadenar una escalada bélica. Las hostilidades se repitieron tan solo dos meses después, cuando una fragata griega colisionó con una embarcación turca que escoltaba al buque de exploración Oruc Reis en aguas situadas entre Chipre y la isla griega de Creta.

Pese a la tensión, tanto Grecia como Turquía han evitado cruzar la línea roja. Sin embargo, a día de hoy no se vislumbra ninguna solución. Las dos partes defienden posiciones maximalistas y ambas rechazan la soberanía compartida de los territorios en disputa. En consecuencia, la inestabilidad persistirá, por lo que no se puede descartar el riesgo de que un error de cálculo adentre la disputa hacia terreno inexplorado.

(12) Recientemente anunció la compra de aviones de combate, fragatas, helicópteros y armamento antitanque.

UN SOCIO INCÓMODO

Las ambiciones de Ankara en el Mediterráneo Oriental amenazan una de las zonas naturales de influencia de la Unión Europea. La “agresividad” diplomática de Turquía ha dejado de ser algo puntual. El país otomano ha demostrado cierta habilidad para maniobrar en escenarios diplomáticos convulsos. Además, el Gobierno turco se siente cómodo elevando la tensión al plano militar. Por el contrario, la Unión Europea manifiesta una considerable incomodidad en este tipo de contextos, debido a la lentitud en la toma de decisiones y, sobre todo, a la falta de consenso entre sus miembros.

Todo ello dibuja una situación asimétrica: mientras que Turquía conoce hasta donde está dispuesta a llegar la Unión Europea, Bruselas desconoce los límites de Turquía. La habilidad de las autoridades otomanas para capitalizar las debilidades de la Unión Europea quedó patente de nuevo a principios de 2020, cuando Ankara propició el desplazamiento de millares de refugiados a la frontera con Grecia, una dramática situación que Turquía ha convertido en una poderosa herramienta para presionar a la Unión Europea⁽¹³⁾.

Desde la perspectiva europea, Turquía ha dejado de ser una gran oportunidad y se ha convertido en un socio incómodo. Los puntos de fricción son numerosos y ninguna de las dos partes parece interesada en avanzar en el acuerdo de integración⁽¹⁴⁾.

Las relaciones con Washington, otro de los tradicionales aliados de Ankara, también se han deteriorado notablemente. Al igual que con Bruselas, las divergencias se han multiplicado. Destaca la negativa de EE.UU. a extraditar al clérigo Fethullah Güllen, el principal enemigo de Erdogan.

A mediados de 2018 la tensión alcanzó cotas inéditas, como consecuencia del arresto domiciliario del pastor evangélico estadounidense Andrew Brunson, acusado por las autoridades de Turquía de colaborar con las guerrillas kurdas y con la red gulenista. En respuesta, EE.UU. impuso aranceles a las importaciones de aluminio y acero turcos; una medida que resultó muy efectiva, ya que disparó la desconfianza de los inversores en la economía turca y desencadenó una crisis cambiaria⁽¹⁵⁾.

Actualmente las divergencias con Estados Unidos se centran en la compra del sistema ruso anti misiles S-400 por parte de Turquía, pese a ir en contra de los principios de la OTAN. Washington considera el despliegue de este sistema una amenaza para sus capacidades armamentísticas, dado que podría recopilar información de inteligencia sobre sus cazas de combate de quinta generación, los denominados F-35.

-
- (13) En marzo de 2016 Turquía se comprometió a acoger a 3 millones de refugiados y a controlar sus fronteras a cambio de 6.000 mill.€ y la retirada del requisito de visado para la entrada en el espacio Schengen. En febrero de 2020 Turquía volvió a permitir el paso de migrantes hacia Grecia para incrementar la presión sobre la Unión Europea. Ankara considera que Bruselas no ha cumplido los compromisos del acuerdo y ha instado a las autoridades europeas a respaldar sus intereses en el conflicto sirio.
- (14) Además, todavía persisten las tradicionales barreras que han dificultado la integración de Turquía en la Unión Europea: el contencioso con Chipre, la cuestión religiosa, y los desequilibrios que provocaría la entrada de un país del tamaño demográfico de Turquía.
- (15) Poco después del desplome de la lira, la Justicia turca condenó a Brunson a tres años y un mes de cárcel, pero simultáneamente ordenó su puesta en libertad hasta que el fallo fuera firme y levantó la prohibición de viajar al extranjero, una medida que fue interpretada como una cesión de Turquía a las presiones de Washington.

Para persuadir a Ankara, Estados Unidos ha apostado nuevamente por una política preventiva. Aunque de momento Turquía ha pospuesto *sine die* la entrada en servicio del sistema S-400, Washington sancionó a finales de 2020 a varios dirigentes turcos y suspendió las licencias de exportación de armas al país otomano. En consecuencia, la Casa Blanca ha bloqueado la venta de 100 cazas F-35, un proyecto que iba a desarrollarse conjuntamente y que hubiera supuesto unos ingresos para la industria armamentística turca de 12.000 mill.\$.

También está pendiente de resolución el proceso judicial contra el banco estatal turco Halkbank por ayudar a Irán a eludir las sanciones impuestas por Estados Unidos. Si la sentencia se asemeja a la multa impuesta en 2014 al banco francés BNP Paribas, supondría una sanción a la entidad turca de 20.000 mill.\$, un riesgo que, de materializarse, podría desestabilizar el sistema financiero del país otomano.

AMISTADES PELIGROSAS

Las divergencias con Europa y Estados Unidos han impulsado el desplazamiento de Turquía hacia la órbita de Rusia, una sintonía utilizada en ocasiones por Ankara como herramienta de presión en sus relaciones con Occidente.

Desde la escalada de la tensión que se produjo a finales de 2015, como consecuencia del derribo de un caza ruso por parte de las Fuerzas Armadas turcas, la relación entre ambos países se ha estrechado notablemente. En este tiempo ambos Estados han impulsado numerosos proyectos comunes, como la construcción de una central nuclear y el gasoducto TurkStream, inaugurado a principios de 2020⁽¹⁶⁾. Asimismo, Rusia se ha convertido en el principal mercado de las compañías constructoras turcas, muchas de ellas ligadas al entorno de Erdogan⁽¹⁷⁾.

Ahora bien, esta relación no está exenta de turbulencias, dado que los dos países compiten por la zona de influencia del Cáucaso y el Mar Negro. Tanto en la guerra de Libia como en la de Siria, han desempeñado un papel determinante, en ambos casos alineados en bandos rivales. Hasta ahora los dos países se han esforzado en no interferir en los objetivos del contrario, a menudo contrapuestos. Sin embargo, esta ventana es cada vez más pequeña, y, en los últimos dos años decenas de soldados turcos han fallecido en los enfrentamientos entre las tropas oficiales sirias -apoyadas por Moscú- y las milicias rebeldes respaldadas por Ankara.

A esto se une el protagonismo de Turquía en la reactivación del conflicto latente entre Azerbaiyán y Armenia a finales de 2020. El suministro de armamento a Azerbaiyán fue decisivo en la ofensiva para anexionarse parte del enclave de Nagorno Karabaj, un apoyo que suscitó recelos en Rusia, el principal aliado de Armenia.

(16) El TurkStream consta de dos gasoductos que transcurren por debajo del Mar Negro. El primero de ellos suministra gas exclusivamente a Turquía y el segundo abastece al mercado europeo. Para Rusia representa una vía de suministro a Europa que esquivo el territorio de Ucrania y que, además, expulsa del mercado comunitario a los países productores del Mar Caspio. A Turquía le aporta ingresos por tránsito y refuerza su posición como país estratégico en el suministro de gas.

(17) Se calcula que entre 2010 y 2019 las empresas otomanas han llevado a cabo proyectos por valor de 40.000 mill.\$ en el mercado ruso.

DIFÍCIL EQUILIBRIO

En definitiva, Turquía ha emprendido una política exterior muy agresiva, orientada a incrementar su papel como potencia tanto a escala regional como global. La tradicional alianza con Occidente ha perdido solidez y, en su lugar, Ankara ha adoptado una actitud más asertiva e independiente.

Estos movimientos no responden a una política exterior improvisada: al contrario, denotan una planificación estudiada para aprovechar sus fortalezas y explotar las debilidades del resto de países. La estratégica ubicación geográfica, la función como tapón migratorio y el músculo militar son algunos de los elementos que refuerzan la posición negociadora de Turquía.

La asertividad e independencia del país otomano se traduce en un comportamiento menos predecible. En consecuencia, anticipar el escenario de los próximos años resulta enormemente complejo, más aun teniendo en cuenta el cambiante tablero geopolítico de Oriente Medio y la celebración de elecciones presidenciales en el horizonte.

En este contexto, no se puede descartar que el presidente instrumentalice el papel de Turquía en el panorama internacional para reforzar su candidatura, esgrimiendo uno de los recursos políticos más primarios: el mito del enemigo exterior. Sin embargo, el margen de maniobra para obtener réditos de este factor es cada vez más estrecho. El conflicto de Libia se ha trasladado actualmente al terreno diplomático y, en el caso de Siria, parece poco probable que Turquía apueste por una mayor implicación, dado que exigiría un esfuerzo militar que superaría ampliamente los beneficios.

Elevar todavía más el pulso con las potencias occidentales tampoco parece el escenario más plausible. La aprobación de sanciones o aranceles por parte de Estados Unidos o de la Unión Europea podría descarrilar la recuperación económica, tras el *shock* provocado por la pandemia.

Así pues, Erdogan se enfrenta a la disyuntiva entre adentrarse en nuevos frentes o priorizar la estabilidad económica, una dicotomía incompatible. No sería extraño, en este escenario, que el presidente apueste por un camino intermedio: mantener la actual retórica belicista al mismo tiempo que adopta, en la práctica, un perfil menos combativo para minimizar los daños.

Los movimientos realizados en los últimos meses podrían ir en esa dirección. A finales de octubre el presidente ordenó la expulsión de los representantes diplomáticos de diez países occidentales por haber exigido la liberación del opositor Osman Kavala; sin embargo, escasos días después revocó la orden, una vez que la embajada de Estados Unidos emitió un comunicado que fue interpretado, desde la perspectiva de Turquía, como una disculpa por la intromisión en los asuntos internos del país otomano.

Al mismo tiempo, Ankara está adoptando una posición más conciliadora con algunos de las potencias regionales, como Egipto y Emiratos Árabes Unidos, naciones rivales tanto por cuestiones ideológicas como por su apoyo al bando del general Haftar en la guerra de Libia.

En cualquier caso, conviene tener en cuenta que los numerosos frentes en los que Turquía está presente no se han resuelto. Por lo tanto, persistirá la tensión y el riesgo de una escalada de las hostilidades en cualquiera de ellos.

3. ECONOMÍA

- ➔ Potencia emergente. Turquía cuenta con una estructura económica diversificada; un sector privado competitivo e integrado en las cadenas de valor; un buen clima de negocios y unas instituciones de mercado consolidadas. Además, es una de las diez mayores potencias turísticas. En el debe, Turquía adolece de una elevada dependencia de la financiación exterior, una debilidad que expone al país a las variaciones en las condiciones del mercado y a los movimientos de la moneda.
- ➔ Desde 2018 atraviesa un periodo de dificultades que comenzó con el desplome de la lira, a raíz de las sanciones impuestas por Estados Unidos. Así pues, Turquía encaró la crisis del covid-19 sin haber superado las cicatrices de la crisis cambiaria. No obstante, el país otomano ha demostrado, de nuevo, una resistencia mayor de lo esperado. Los programas de estímulo introducidos por el Gobierno y el extraordinario aumento de la actividad crediticia por parte de las entidades bancarias sostuvieron la demanda interna. En consecuencia, Turquía fue uno de los escasos países que no entró en recesión en 2020. El ritmo de crecimiento en el presente año ha superado con creces al resto de economías, en torno al 9%, impulsado por el avance de la campaña de vacunación, la reactivación de los sectores más afectados por la pandemia y el buen comportamiento de las exportaciones.
- ➔ Sin embargo, la política de impulsar la demanda interna mediante endeudamiento ha agravado los tradicionales desequilibrios, al acentuar el déficit exterior y las presiones inflacionistas. Además, la decisión del Banco Central, presionado por el Gobierno, de bajar los tipos de interés a pesar de la elevada inflación, ha erosionado sustancialmente la credibilidad de la institución monetaria y ha ahondado la depreciación de la lira.

Turquía no solo es uno de los principales países de los denominados emergentes sino, también, una de las veinte mayores economías del mundo, con un PIB de 795.950 mill.\$.

La estrecha relación con Europa, sustentada en la Unión Aduanera vigente desde 1996; su tamaño demográfico, con una población joven de más de 80 millones; el clima de negocios razonablemente bueno para un país de ingreso medio, y la integración en las cadenas de valor internacionales son algunos de los atributos que han consolidado a Turquía como una economía con un gran potencial.

Su estructura económica no difiere en gran medida de la de los países más desarrollados. Los servicios representan más del 60% de la economía, donde destaca principalmente el turismo, con una contribución cercana al 10% del PIB⁽¹⁸⁾.

El sector secundario aporta algo más del 30% del PIB. Está compuesto por un amplio abanico de empresas, muchas de ellas integradas en las fases intermedias de las cadenas de valor. Sobresalen los subsectores de defensa, maquinaria, electrodomésticos, siderurgia y automóviles⁽¹⁹⁾.

La agricultura ha ido perdiendo peso y actualmente se sitúa por debajo del 7% del PIB; sin embargo, continúa empleando a una quinta parte de los trabajadores, especialmente en el interior del país, menos desarrollado que las regiones de la costa occidental.

(18) Turquía es la décima potencia turística. En 2019 el número de visitantes superó los 45 millones, el máximo de la serie histórica.

(19) En 2019 Turquía exportó más de 1.200.000 de vehículos.

PIB	795.952 mill.\$
CRECIMIENTO PIB	9%
INFLACIÓN	17%
SALDO FISCAL	-3,4%
SALDO POR C/C	-2%

Datos a 2021

sector⁽²⁰⁾. También destaca el sector audiovisual, actualmente la segunda fábrica mundial de series de ficción, tan solo superada por la industria estadounidense⁽²¹⁾.

Del mismo modo, merece la pena resaltar el pujante ecosistema de *startups*. En los últimos años varias empresas han superado los mil millones de dólares de valoración, el umbral considerado en el mundo emprendedor como “*startup unicornio*”. Algunos de los ejemplos más notorios son la plataforma de comercio electrónico Trendyol; la empresa Getir, pionera en las entregas ultrarrápidas; o los estudios de desarrollo de videojuegos Dream Games y Peak Games.

En el otro lado de la balanza, la economía adolece de una elevada informalidad en el mercado de trabajo, importantes rigideces en la regulación laboral y, sobre todo, una crónica escasez de ahorro, lastrado por la desconfianza ante los episodios de elevada inflación y los bajos tipos de interés reales. En consecuencia, la inversión se financia, en buena parte, mediante endeudamiento externo, con un elevado protagonismo de los préstamos a corto plazo.

La dependencia de la financiación exterior constituye la principal debilidad de Turquía, ya que expone al país a las variaciones en las condiciones del mercado y, sobre todo, a las oscilaciones de la moneda local. En efecto, el comportamiento de la lira juega un papel considerable en la evolución de la economía, dado que la pérdida de valor de la divisa encarece el pago de las obligaciones y alimenta las presiones inflacionistas.

EVOLUCIÓN ECONÓMICA

Estos desequilibrios han impedido al país mantener un crecimiento económico saneado, ya que generalmente los periodos de bonanza económica suelen estar acompañados de un importante aumento tanto del déficit exterior como de la inflación.

Esta idiosincrasia provoca, además, un comportamiento más volátil y una mayor rapidez en la sucesión de los ciclos económicos. Así, Turquía ha intercalado ejercicios con claros síntomas de sobrecalentamiento con severas correcciones. En varias ocasiones la tasa de variación del PIB real ha oscilado por encima de los 10 puntos porcentuales en tan solo un año.

La importancia del comportamiento de la lira y la exposición al sentimiento de los mercados se ha evidenciado con intensidad en los últimos años. Desde 2018 Turquía atraviesa un periodo de dificultades. El origen de las turbulencias fue la crisis cambiaria que desató la imposición de

(20) Para ponerlo en perspectiva, en dicha lista solo aparece una empresa de defensa española, tres alemanas y cuatro francesas.

(21) El sector audiovisual, apoyado fuertemente por el Estado, se ha convertido en una plataforma de promoción turística y en un valioso instrumento para aumentar la influencia del país en el exterior.

sanciones por parte de Estados Unidos. La tensión con la principal potencia y la creciente desconfianza de los mercados financieros en la gestión del presidente turco -cada vez más personalista y alejada de la ortodoxia que le caracterizó en sus inicios- provocó una extraordinaria tormenta cambiaria. En apenas tres días la lira perdió un tercio de su valor, una súbita depreciación que demostró la velocidad con la que se puede desatar una crisis de confianza, así como la estrecha relación entre la geopolítica y la economía.

En consecuencia, el país encaró la pandemia sin haber superado las cicatrices de la crisis cambiaria, con una inflación de doble dígito y con el valor de la lira alejado de las cifras de hace tan solo unos años.

Al igual que en el resto de países, la pandemia cortocircuitó la actividad económica, especialmente del sector servicios. Las autoridades turcas adoptaron una estrategia de convivencia con el virus similar a la de los países occidentales; es decir, endurecer las limitaciones a la movilidad una vez que la transmisión alcanzaba ciertos umbrales.

Para amortiguar el *shock* en el tejido productivo, el Ejecutivo apostó, principalmente, por medidas “cuasi fiscales”. En concreto, se aprobó un voluminoso programa de avales respaldados por el Estado para favorecer la canalización del crédito; se suspendieron los pagos de algunas figuras impositivas; y se aplazó el cobro del servicio de la deuda a una parte de los créditos concedidos por los bancos públicos. Este paquete de medidas ascendió, en su conjunto, al 12,6% del PIB, un volumen considerablemente mayor al promedio de los países emergentes. Por el contrario, el programa de ayudas directas, en su mayoría transferencias a los sectores económicos más expuestos y a los hogares más vulnerables, fue discreto, en torno al 2% del PIB.

Por su parte, el Banco Central recortó los tipos de interés, redujo el coeficiente de reservas para incentivar la concesión de financiación y lanzó su versión del programa *Quantitative Easing*. Asimismo, los bancos de capital público incrementaron notablemente la actividad crediticia, generalmente otorgando préstamos un tipo de interés más favorable⁽²²⁾.

Todo ello se tradujo en un asombroso aumento de la concesión de créditos, llegando a alcanzar durante algunos meses de 2020 tasas de crecimiento interanual del 40%. Gracias a ello, el consumo privado se incrementó el pasado año un 3,2% y la inversión en capital fijo un 7,2%.

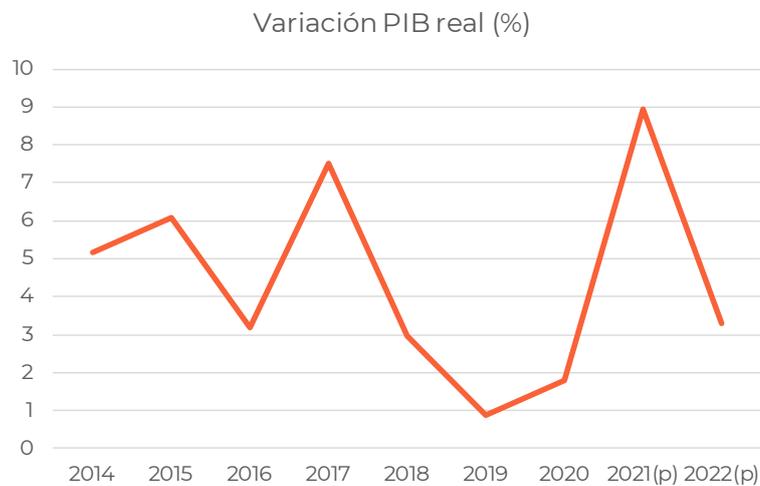
La fortaleza de la demanda interna compensó, en buena parte, la distorsión provocada por la pandemia y, en consecuencia, Turquía fue una de las pocas economías que registró un aumento del PIB en 2020 (en torno al 1,8%), un comportamiento sorprendente teniendo en cuenta la severa contracción de otros países con un gran peso del sector turístico, como España e Italia.

La coyuntura en el presente ejercicio ha sido notablemente más favorable, gracias, en gran medida, a la campaña de vacunación. Prácticamente dos tercios de la población ya han recibido la pauta completa, un porcentaje similar al de Estados Unidos. La inmunización ha permitido eliminar la mayoría de las restricciones a la movilidad, lo que ha impulsado la reactivación de los sectores más castigados. Esto ha estado acompañado, además, de un notable dinamismo de las exportaciones de bienes y de la recuperación parcial de la industria turística.

(22) Los bancos públicos concentran el 45% de los activos del sistema financiero.

El entorno más benévolo ha permitido a las autoridades retirar buena parte del programa de estímulo fiscal introducido en 2020 y, por su parte, las entidades bancarias han moderado su actividad crediticia hasta niveles cercanos al promedio de la última década. Con todo, las últimas estimaciones prevén un crecimiento del PIB del 9% en 2021, por encima del promedio tanto de las economías desarrolladas como de las emergentes.

Para 2022, en cambio, se espera una moderación del ritmo de crecimiento hasta valores cercanos al de los años previos a la pandemia. Según las últimas estimaciones del FMI, el PIB crecerá en torno al 3,3%. Si bien esta cifra puede resultar discreta, en comparación con el dinamismo esperado en la mayor parte de las economías, hay que tener en cuenta que en el caso de Turquía buena parte de la reactivación de la economía se ha materializado ya a lo largo de 2021. Además, al no entrar en recesión en 2020, el “efecto rebote” por razones puramente estadísticas es menor.



Fuente: FMI

LOS PROBLEMAS CRECEN

Así pues, Turquía ha mostrado una resistencia mayor de lo esperado. Sin embargo, la pandemia ha dejado cicatrices. La política de impulsar la demanda interna mediante endeudamiento ha agravado los tradicionales desequilibrios del país, al acentuar el déficit exterior y las presiones inflacionistas.

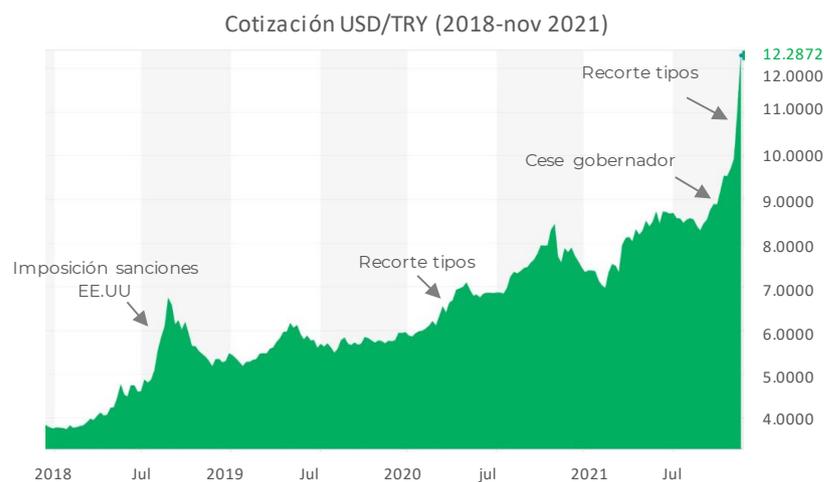
A esto se une la volatilidad cambiaria, como consecuencia de la injerencia de Erdogan en la política monetaria. El control del Banco Central por parte del presidente es absoluto. En los últimos dos años el mandatario ha cesado a tres gobernadores; la última vez en marzo de 2021, poco después de que la autoridad monetaria revisase al alza los tipos de interés para frenar el aumento inflacionista. Posteriormente, en el mes de octubre, apartó a todos los miembros del Comité de Política Monetaria que abogaban por adoptar medidas para estabilizar los precios, entre ellos a dos subgobernadores.

En consecuencia, la institución ha perdido su pluralidad e independencia. En la práctica, el Banco Central se ha convertido en un instrumento económico más del presidente. Y, como tal, las últimas decisiones adoptadas han priorizado el abaratamiento de los costes de financiación

por encima de la estabilización de los precios, con el objetivo de seguir incentivando la demanda interna. Desde septiembre, ha recortado en tres ocasiones los tipos de interés, la última vez a finales de noviembre, hasta el 15%, a pesar de que en aquel momento la inflación había continuado su senda ascendente hasta situarse cerca del 20%.

Desde la perspectiva de los mercados, Erdogan se ha convertido en una de las principales amenazas para la estabilidad económica del país, como ponen de manifiesto las sacudidas en la cotización de la lira después de cada restructuración en la dirección del Banco Central. Desde principios de año la moneda turca se ha depreciado más de un 45%, una pérdida de valor superior al de buena parte de las monedas emergentes. La comparación con respecto a 2018, antes de que se produjese la primera crisis cambiaria, es dramática. A cierre de estas líneas el tipo de cambio con la moneda estadounidense supera el umbral de las 12 liras por dólar (USD/TRY), muy lejos de la cotización de hace cuatro años (3,7 USD/TRY).

La capacidad de las instituciones turcas de sostener la moneda de manera artificial es marginal. En 2019 y 2020 las autoridades intentaron evitar la depreciación de la lira mediante la intervención en los mercados financieros, una estrategia que tuvo un escaso éxito y que provocó una notable caída del volumen de reservas de divisas acumuladas.



Fuente: Yahoo!finance

La depreciación de la moneda está acelerando las presiones inflacionistas, y, en segunda derivada, está ahondando la desconfianza de los mercados en la economía turca ante la inacción de la autoridad monetaria; una ecuación que se retroalimenta.

Parece difícil que este círculo vicioso se rompa, al menos a corto plazo. Todo apunta a que la autoridad monetaria seguirá priorizando el abaratamiento de la financiación por encima de la estabilidad de precios. La institución señaló, en su última reunión del mes de noviembre, la posibilidad de reducir nuevamente los tipos antes de final de año. De ser así, cabría esperar una mayor depreciación de la moneda turca en los próximos meses, con el consecuente efecto en la inflación.

En este contexto, el aumento generalizado de los precios a nivel global -como consecuencia del vertiginoso encarecimiento del precio del gas natural y de los problemas de oferta en algunas industrias, como los semiconductores- supone un riesgo añadido. Este contratiempo se está

extendiendo progresivamente al resto de sectores, y, por ejemplo, ya se aprecian sus efectos en los primeros eslabones de la cadena, como los metales y los fertilizantes.

Todo ello acelerará, en definitiva, la bola de nieve inflacionista de Turquía. Las últimas previsiones no recogen los efectos de la depreciación de la lira en la última parte del año, ni el aumento generalizado de los precios de la energía, por lo que no reflejan el escenario actual. En cualquier caso, cabe advertir que la convergencia de la política monetaria expansiva del Banco Central y el aumento generalizado de los precios a nivel global dibuja un peligroso escenario que podría disparar la inflación hasta niveles difícilmente controlables.



Fuente: FMI

SISTEMA BANCARIO

Las entidades bancarias turcas han resistido bien las dificultades. El sistema financiero cuenta con un marco regulatorio y de supervisión razonablemente bueno y un mercado de capitales desarrollado. Además, el elevado diferencial entre los tipos de depósitos y de crédito otorga a los bancos un abultado margen para compensar las pérdidas derivadas de los impagos.

Como se ha comentado, a lo largo de 2020 las entidades, principalmente las de capital público, aumentaron considerablemente la actividad crediticia, en línea con el objetivo del Gobierno de impulsar la demanda interna. Una vez superado lo peor de la pandemia, el ritmo de crecimiento del crédito ha vuelto a valores cercanos a los de los últimos años.

De momento la crisis del covid-19 no ha provocado cambios notables en la salud del sistema bancario. El ratio de morosidad se ha mantenido estable, en valores reducidos, en torno al 3-4%. Por su parte, el nivel de capitalización del conjunto del sector continúa muy por encima del mínimo exigido, alrededor del 18%.

No obstante, cabe matizar que algunas medidas extraordinarias aprobadas en 2020 siguen vigentes, como la moratoria en el pago del servicio de la deuda y la ampliación de 90 a 180 días del periodo para clasificar un préstamo como dudoso. Así pues, los efectos de la crisis en el sector no se apreciarán con exactitud hasta que no se retiren dichas medidas.

La posición de los hogares continúa siendo robusta, con un nivel de endeudamiento reducido, por debajo del 20% del PIB. Sin embargo, resulta preocupante la situación de aquellas empresas, como las que operan en el sector del gas o de la electricidad, que pagan a sus proveedores en dólares y obtienen sus ingresos en liras. Igualmente el escenario es exigente para las compañías muy endeudadas en moneda extranjera, como el de la construcción.

Otro riesgo al que se enfrentan las entidades financieras es el incremento de los depósitos en dólares. Actualmente asciende al 54% del total -el doble respecto a los valores de hace una década-, un elevado porcentaje que acentúa la exposición a las variaciones en el tipo de cambio.

No obstante, el sistema financiero turco tiene margen para afrontar un escenario adverso. Las entidades mantienen un buen acceso a los mercados internacionales y, por ejemplo, han renovado los préstamos sindicados a unos tipos similares a los de 2020. Por su parte, el Banco Central ha reforzado los mecanismos de liquidez, ampliando los plazos y abaratando las tasas de descuento.

Asimismo, el Estado cuenta con capacidad para ayudar al sector si fuera necesario, gracias a su holgada posición de solvencia. Por todo ello, la probabilidad de que se desencadene una crisis financiera es baja. No obstante, en un ejercicio de cautela es un escenario que debe contemplarse si se agrava sustancialmente la debilidad de la lira o si se producen acontecimientos extraordinarios, como la posible sanción de Estados Unidos al banco público Halkbank.

4. SECTOR PÚBLICO

- ➔ Cuentas públicas saneadas, gracias a la gestión prudente de las autoridades en las dos últimas décadas.
- ➔ Para atemperar la distorsión provocada por el covid-19, el Ejecutivo aprobó un voluminoso paquete de ayudas directas e indirectas. Parte de este programa se financió con fondos procedentes de otras instituciones públicas, como el Banco Central. En consecuencia, el déficit fiscal se mantuvo en 2020 en valores moderados, en torno al 3,4% del PIB. La recuperación económica a lo largo de 2021 ha permitido retirar buena parte de las ayudas, lo que ha contenido el desequilibrio en cifras manejables.
- ➔ Pese a la tendencia ascendente en los últimos años, el endeudamiento público continúa en niveles reducidos, por debajo del 40% del PIB.

El sistema tributario se encuentra bien desarrollado y diversificado. En la última década, la gestión de las cuentas públicas ha sido razonablemente buena. La ortodoxia fiscal del AKP, especialmente durante los primeros mandatos, ha sido unas de las señas de identidad del partido desde que llegó al poder, en contraste con la caótica gestión de los gobiernos anteriores a Erdogan.

El dinamismo de la economía y la prudencia fiscal de las autoridades ha permitido afrontar las turbulencias desde una posición de solvencia holgada, con margen más que suficiente para introducir medidas contracíclicas.

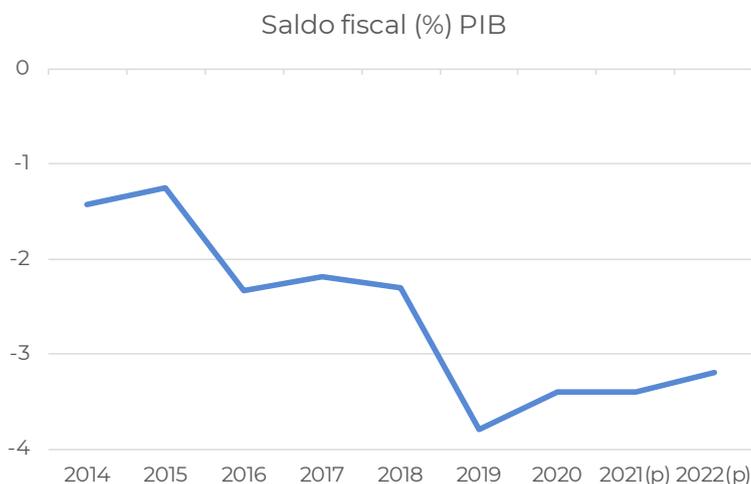
Así, desde la crisis cambiaria de 2018, se ha adoptado una política fiscal expansiva para impulsar la demanda interna, con medidas como la suspensión temporal de impuestos y el aumento de los salarios públicos.

Tras la irrupción de la pandemia, el Gobierno amplió el paquete de estímulos y aprobó un programa de ayudas directas, equivalente al 2% del PIB, y un plan de medidas cuasi fiscales del 12,6% del PIB. Entre otras medidas, se estableció un plan de transferencias a los desempleados, a las familias con menos recursos y a los sectores más afectados, como el turismo y el transporte. También se aprobó un voluminoso plan de avales respaldados por el Estado y se aplazó el pago de algunos tributos.

El buen comportamiento de los impuestos especiales y del IVA, y la adopción de medidas extraordinarias, como la transferencia de reservas por parte del Banco Central al Estado y el traspaso de activos desde otras instituciones públicas, como el Fondo de Desempleo, permitieron contener el déficit en valores moderados, en torno al 3,4% del PIB en 2020.

Para el presente año el Ejecutivo calcula que el desequilibrio se situará por debajo del 3,5% del PIB, un objetivo fácilmente alcanzable. Buena parte de las medidas adoptadas, como el diferimiento en el pago de determinados impuestos, ya han vencido. Al mismo tiempo, los ingresos fiscales han registrado un comportamiento favorable, gracias a la reactivación de la economía.

Para los siguientes ejercicios no se esperan grandes variaciones. Se prevé que el desequilibrio de las cuentas públicas continúe en valores moderados, e, incluso, no se descarta un ligero descenso si se logra mantener el superávit primario.



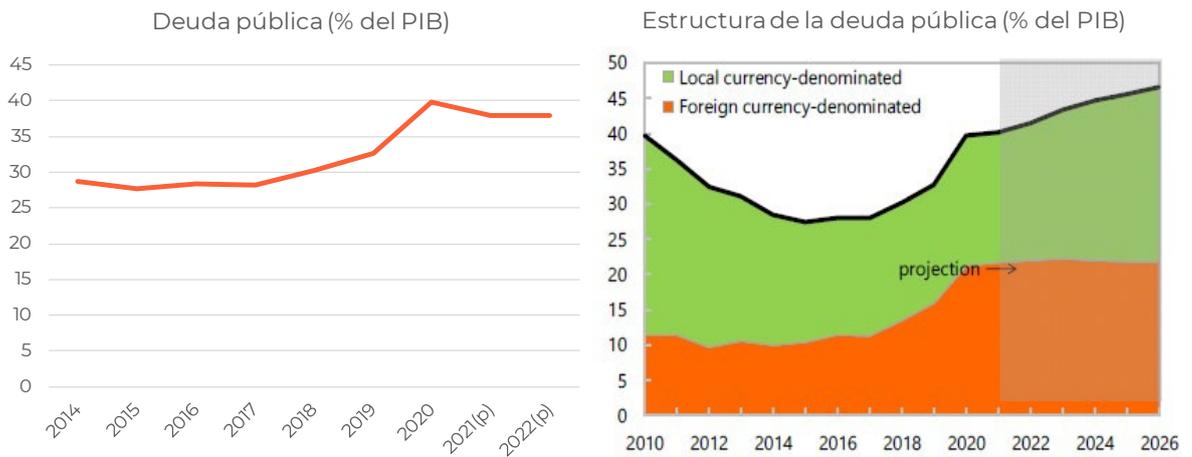
Fuente: FMI

Las autoridades no han tenido dificultades en financiar las medidas de estímulo en los mercados nacionales e internacionales. Además, el Banco Central -al igual que ha ocurrido en otros países- ha llevado a cabo un programa de compra de bonos públicos en el mercado secundario, equivalente al 1,5% del PIB.

La política fiscal expansiva se ha traducido en un ligero aumento del endeudamiento del sector público. No obstante, el monto de la deuda continúa en valores reducidos, en torno al 38% del

PIB. Las estimaciones apuntan a una estabilización en los próximos años, gracias al dinamismo de la economía y a la contención del déficit fiscal.

Así pues, el sector público disfruta de una adecuada posición de solvencia, más saneada en comparación con buena parte de los países emergentes. Ahora bien, el soberano no es inmune a las oscilaciones en el tipo de cambio. El elevado diferencial de tipos entre Turquía y la zona euro o Estados Unidos ha favorecido el aumento de las emisiones en divisas y, actualmente, la deuda en moneda extranjera representa el 60% del total, un nivel elevado. En el lado positivo, el peso de los pasivos a corto plazo no es excesivo, lo que limita el impacto de los movimientos de la moneda⁽²³⁾.



Fuente: FMI

El frenazo de la economía, la desconfianza en la gestión de Erdogan y los riesgos asociados a la política exterior han provocado un deterioro de la calificación crediticia. En los últimos años las tres principales agencias han rebajado el *rating* de Turquía. Fitch otorga una calificación de BB-, tres escalones por debajo del grado de inversión. Por su parte, S&P y Moody's sitúan al país en B+ y B2, respectivamente; en ambos casos dentro de la categoría de "altamente especulativa".

	Moody's	S&P	Fitch
TURQUÍA	B2	B+	BB-
Rusia	Baa3	BBB-	BBB
Azerbaiyán	Ba2	BB+	BB+
Brasil	Ba2	BB-	BB-
India	Baa3	BBB-	BBB-

El grado de inversión comienza en **Baa3** (Moody's) y **BBB-** (S&P y Fitch)

Fuente: Trading economics

(23) La vida media de la deuda pública externa continúa siendo alta, en torno a 10 años.

5. SECTOR EXTERIOR

- La balanza por cuenta corriente registra, tradicionalmente, un importante déficit, como consecuencia del abultado desequilibrio comercial.
- La abrupta depreciación de la moneda ha contribuido, en buena medida, a la corrección del déficit en los últimos años, al favorecer la competitividad de las empresas turcas y encarecer notablemente las importaciones.
- La reactivación de la economía mundial ha conducido a un notable aumento de las exportaciones a lo largo de 2021. Por su parte, el crecimiento de las importaciones ha sido menos intenso, impulsado, principalmente, por el repunte de los precios de los hidrocarburos. Se espera que el menor déficit comercial y la paulatina recuperación del sector turístico reduzcan el desequilibrio exterior hasta valores moderados.
- La salida de capitales en los últimos años -como consecuencia de la desconfianza de los mercados en la gestión económica del Gobierno-, junto con el intento fallido de sostener artificialmente la lira en 2020, han provocado una importante caída de las reservas. Actualmente se encuentran justo en el mínimo recomendado.

La economía turca está muy abierta al exterior e integrada en las cadenas internacionales de valor, gracias, en buena medida, a la unión aduanera con la Unión Europea⁽²⁴⁾. Las principales exportaciones son manufacturas de tecnología media o baja, como textiles, electrónica, automóviles, productos siderúrgicos e industria agroalimentaria. Por su parte, las importaciones están lideradas por automóviles, hidrocarburos y maquinaria.

La balanza comercial arroja, tradicionalmente, un saldo negativo. Este desequilibrio fluctúa sensiblemente en función de la coyuntura económica. Durante los años de bonanza el déficit suele dispararse hasta valores elevados; por el contrario, los ejercicios de desaceleración o contracción económica el desequilibrio exterior se reduce hasta niveles manejables. Esta correlación actúa como un contrapeso que atempera los periodos de desaceleración o recesión y, al mismo tiempo, supone el principal lastre durante los años de elevado crecimiento económico.

En los últimos ejercicios, además, el comportamiento de la lira ha incidido notablemente en los intercambios comerciales. La depreciación de la moneda ha erosionado la capacidad de compra de bienes extranjeros y, en contrapartida, ha favorecido notablemente la competitividad de las empresas nacionales.

La evolución de la balanza comercial desde la crisis del covid-19 ha sido algo particular. La pandemia afectó principalmente a las exportaciones, como consecuencia de la drástica caída de la demanda en los principales mercados de destino. Sin embargo, las importaciones aumentaron ligeramente, un comportamiento que resulta sorprendente teniendo en cuenta el desplome del precio del petróleo y el cortocircuito de la actividad económica. El inesperado incremento de las compras al exterior obedeció, en primer lugar, al notable aumento de las importaciones de oro, debido a su papel como activo refugio, y, en segundo término, al

(24) El acuerdo arancelario con la Unión Europea incluye los productos industriales y los bienes agrícolas transformados.

extraordinario aumento de la actividad crediticia⁽²⁵⁾. En consecuencia, el déficit en los intercambios comerciales se duplicó en tan solo un año, hasta los 38.000 mill.\$.

En 2021, sin embargo, el desequilibrio se ha reducido sensiblemente, gracias al dinamismo de las exportaciones. Se calcula que las ventas al exterior se han incrementado más de un 20%, hasta los 205.000 mill.\$ -el máximo registrado en la serie histórica-, impulsado por la reactivación de la economía mundial y la mejora de la competitividad de las empresas turcas. Por su parte, las importaciones han aumentado a un menor ritmo, hasta unos 227.000 mill.\$, debido, en buena medida, al encarecimiento de los hidrocarburos. Así, el déficit se ha reducido hasta los 22.000 mill.\$, una corrección cercana al 40% respecto a los valores del pasado año.

Para el próximo ejercicio las estimaciones apuntan a una estabilización del saldo comercial; pero hay que recordar que no recogen la depreciación de la lira en la segunda mitad del año. Por tanto, si la cotización se mantiene en los niveles actuales, por encima de los 12 USD/TRY, posiblemente las exportaciones registren un dinamismo mayor de lo previsto.

El desequilibrio comercial se compensa, habitualmente, con el elevado superávit en la balanza de servicios, gracias al turismo. Sin embargo, la pandemia interrumpió bruscamente el buen momento que estaba disfrutando la industria turística turca⁽²⁶⁾. Las restricciones a la movilidad aprobadas en la mayoría de los países provocaron un desplome del número visitantes de nada menos que del 70%.

Al igual que en el resto de economías con un gran peso del sector turístico, lo peor ya ha pasado. Las estadísticas oficiales evidencian una notable mejora desde mediados de 2021. Las últimas cifras, correspondientes al tercer trimestre, demuestran que ya se ha recuperado más de la mitad del negocio perdido. De continuar la actual tendencia, a finales de 2022 las cifras podrían situarse cerca de los valores pre pandemia.

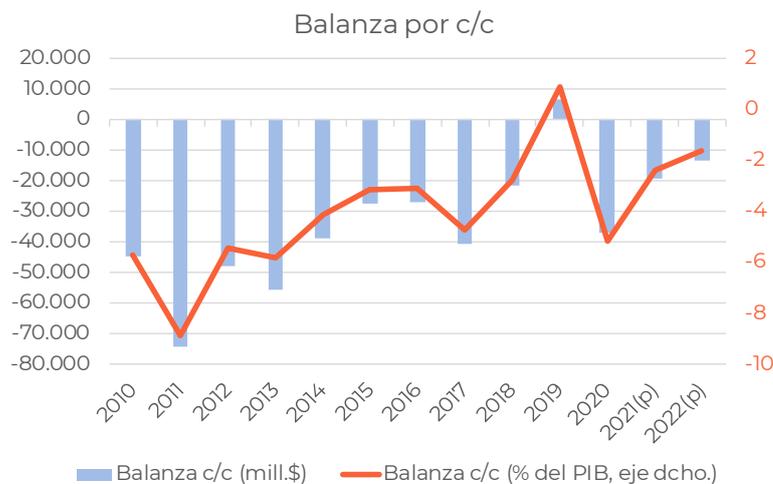


Fuente: Instituto de Estadística de Turquía

-
- (25) La debilidad de la lira turca ha disparado la compra de oro. Actualmente el metal representa el 10% del total de las importaciones.
- (26) En 2019 el número de turistas alcanzó un máximo histórico, por encima de los 45 millones de visitantes.

La balanza de rentas registra, habitualmente, un saldo negativo, como resultado del pago de intereses y la repatriación de dividendos. En los últimos años el desequilibrio se ha reducido ligeramente, hasta los 10.800 mill.\$ en 2021. Por último, la balanza de transferencia arroja un superávit, equivalente a 300 mill.\$, gracias a la entrada de remesas y a los fondos de la Unión Europea.

Con todo, el buen comportamiento de las exportaciones y la recuperación parcial del turismo ha permitido corregir a la mitad el déficit por cuenta corriente, que se calcula en unos 19.235 mill.\$ en 2021, equivalente al 2,4% del PIB, un nivel moderado. Las previsiones para el próximo año apuntan a una mejora hasta el 1,6% del PIB, unas estimaciones que podrían, incluso, ser demasiado conservadoras.



Fuente: FMI

Turquía ha financiado tradicionalmente el déficit exterior con inversión extranjera directa (IED) y, sobre todo, con inversión en cartera, una tipología de financiación volátil y muy sensible al sentimiento del mercado.

Sin embargo, la desconfianza de los inversores hacia la economía turca, como consecuencia de las tensiones geopolíticas y de la controvertida política monetaria, se ha traducido en una salida de inversión en cartera. En consecuencia, parte del desequilibrio exterior se ha financiado en los últimos años mediante el uso de reservas, especialmente en 2020, cuando las autoridades turcas intentaron sin éxito frenar la depreciación de la lira.

Actualmente el volumen de reservas asciende a 78.300 mill.\$, equivalente a 3 meses de importaciones, justo en el mínimo recomendado. Sin embargo, el monto real es sensiblemente menor, dado que parte de esa cifra corresponde a los *swaps* de divisas suscritos con otros bancos centrales, principalmente con el de Catar, el de China y el de Corea del Sur.

De hecho las reservas internacionales netas -un término que excluye, entre otros, las reservas de oro, los pasivos contingentes del sector público y las operaciones de *swaps*- son negativas desde finales de 2020.

Por tanto, conviene contemplar el riesgo de que el país pueda tener dificultades para renovar los *swaps*, una posibilidad que, de materializarse, erosionaría la posición de liquidez del país.

Asimismo, el reducido volumen de reservas evidencia que la capacidad de las autoridades de sostener la moneda artificialmente es marginal, lo que explica la decisión del Banco Central de dejar flotar libremente la lira desde el pasado año.



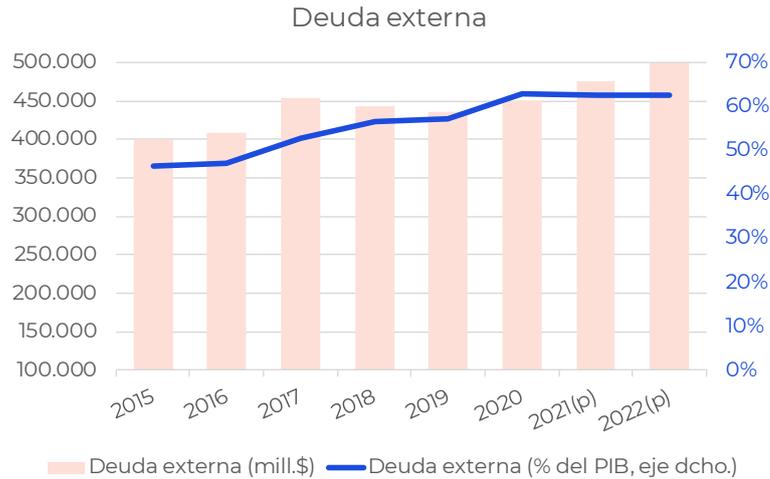
Fuente: FMI

6. DEUDA EXTERNA

- El endeudamiento externo continúa en valores manejables. Sin embargo, resulta preocupante el elevado peso de la deuda a corto plazo, una vulnerabilidad que expone a los actores económicos turcos a las variaciones en la divisa y en las condiciones del mercado.
- Pese al exigente escenario económico de los últimos años, el tejido empresarial turco ha reforzado su posición, al aumentar los activos en el exterior y acometer un proceso de desapalancamiento.
- En líneas generales, las compañías tienen margen para afrontar las dificultades. No obstante, no se puede descartar una alteración en el cumplimiento de los pagos en aquellos sectores más afectados por la pandemia, así como en las empresas endeudadas en divisas que obtienen sus ingresos en liras.

El endeudamiento externo constituye una de las principales debilidades del país, como consecuencia del persistente desequilibrio de la balanza de pagos. El problema no es reciente; al contrario, a lo largo de la segunda mitad del siglo XX el país acudió al Club de París en tres ocasiones, la última en 1980. Posteriormente, la crisis económica y bancaria en 2001 provocó la acumulación de atrasos en el pago de intereses, que fueron regularizados poco tiempo después con la ayuda del FMI.

Desde entonces la deuda externa se ha mantenido en valores moderados. En 2021 el monto de las obligaciones con el exterior se incrementó ligeramente, hasta los 476.000 mill.\$, como consecuencia del aumento de los pasivos contraídos por el sector público. En relación al PIB la deuda asciende al 62,6%, un nivel manejable. Las entidades bancarias y las empresas privadas no financieras concentran el 80% del total y el sector público el 20% restante.



Fuente: IIF y FMI

Así pues, el endeudamiento externo de Turquía continúa en valores moderados. Sin embargo, resulta preocupante el peso de la deuda a corto plazo, alrededor de un tercio del total. En consecuencia, el servicio de la deuda asciende a 60.880 mill.\$, equivalente al 22% de los ingresos externos, un porcentaje que comienza a ser elevado.

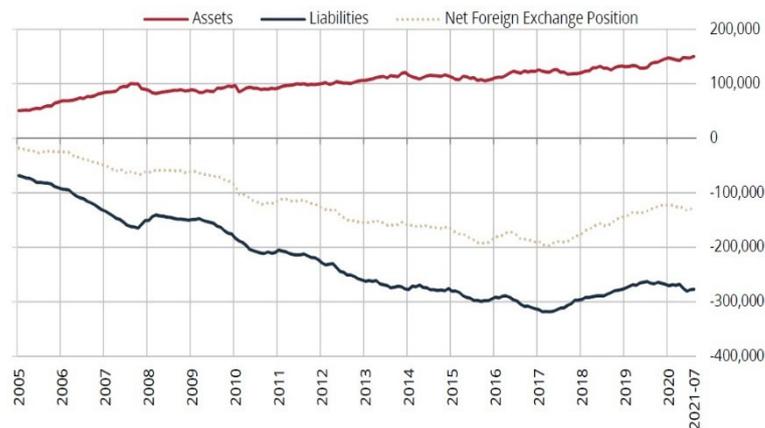
El FMI calcula que las necesidades de financiación externas del país ascendieron el pasado año a 200.000 mill.\$, equivalente a casi un tercio del PIB. La dependencia de la financiación exterior expone a los actores económicos turcos a los cambios en las condiciones del mercado y a la evolución de la moneda nacional, dos riesgos que se han materializado en los últimos ejercicios.

La fuerte depreciación de la lira y la desconfianza de los mercados hacia la economía turca han provocado un aumento de la prima de riesgo y la pérdida de atractivo del país como destino de la inversión.

No obstante, el endurecimiento de las condiciones de financiación no ha llegado a originar restricciones severas en los canales de crédito. Esto se debe, en parte, al buen funcionamiento del mercado interbancario, donde un porcentaje relevante de las líneas de financiación de las entidades bancarias corresponden a fondos relativamente estables, como los procedentes de las matrices extranjeras o de los organismos oficiales. En términos de solvencia, las dificultades no han producido una erosión apreciable. La posición de las entidades bancarias turcas continúa siendo robusta y los activos en divisas cubren casi la totalidad de las necesidades de financiación.

Por su parte, el sector privado ha mejorado ligeramente su posición de solvencia, gracias al aumento de los activos y al desapalancamiento llevado a cabo en el último lustro. Desde 2016 la diferencia entre los pasivos en divisas y los activos en moneda extranjera se ha reducido más de un 35%, hasta los 126.000 mill.\$.

Volumen de activos y pasivos en divisas de empresas no financieras (mill.\$)



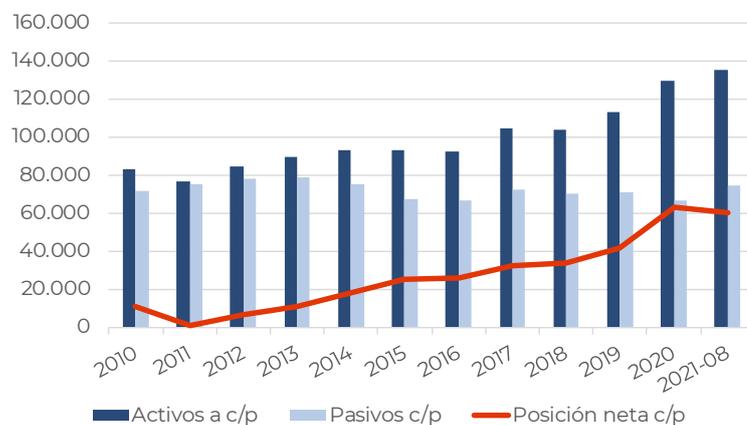
Fuente: Banco Central de Turquía

Al mismo tiempo, las corporaciones han reforzado su capacidad para afrontar el servicio de la deuda. La posición neta a corto plazo de las empresas, entendida como la diferencia entre los activos en divisas a corto plazo y los pasivos en moneda extranjera a corto plazo, se situó a mediados de 2021 por encima de los 60.000 mill.\$, el doble respecto a los valores de hace tan solo tres años -cuando se produjo la crisis de la lira-, y también, el máximo registrado en la última década.

Así pues, el tejido empresarial ha resistido razonablemente bien el complejo escenario al que se enfrenta desde 2018. Cabe esperar que las dificultades persistan, teniendo en cuenta la pérdida de valor de la lira en la segunda mitad de año. Incluso, es posible que el escenario se agrave si las economías desarrolladas retiran antes de lo previsto los programas de estímulo monetario.

Todo ello pondrá de nuevo a prueba la capacidad de resistencia de las compañías otomanas. La mejora tanto de la posición de solvencia como de liquidez les otorga margen para afrontar un endurecimiento de las condiciones financieras. Ahora bien, conviene advertir que el comportamiento de pagos podría variar notablemente a nivel sectorial. Entre las ramas de actividad especialmente vulnerables se encuentran los sectores más castigados por la pandemia, como los servicios, y aquellos altamente endeudados en divisas que obtienen sus ingresos en moneda local, como las constructoras y las compañías de energía.

Activos y pasivos a corto plazo (mill.\$)



Fuente: Banco Central de Turquía

7. CONCLUSIONES

- Desde que llegó al poder, en 2002, el presidente Recep Tayip Erdogan ha construido un sistema político a su medida. En este tiempo ha eliminado los contrapesos que se interponían en sus aspiraciones de controlar firmemente las instituciones. Primero derribó los muros que representaban la élite laica y las Fuerzas Armadas y, posteriormente, dismanteló el movimiento gulenista. El presidente ha demostrado habilidad, y sobre todo, grandes dosis de autoritarismo para lograr sus objetivos, especialmente después del golpe de Estado fallido, un acontecimiento crítico que acabó convirtiéndose en una valiosísima oportunidad para reestructurar la Administración y aplacar a los sectores críticos.
- Sin embargo, el sistema no es impermeable. La victoria de la oposición en las principales ciudades del país en las elecciones municipales de 2019, entre ellas Ankara y Estambul, supuso un severo revés para el partido oficialista. Desde entonces los problemas se multiplican para el presidente. Su popularidad ha descendido notablemente, como consecuencia de los escándalos de corrupción que involucran a miembros de su Gobierno, y de la controvertida gestión económica. Al mismo tiempo las opciones de la oposición se han reforzado, merced a su gestión al frente de las grandes municipalidades del país y a la inédita colaboración entre las distintas fuerzas políticas contrarias al Gobierno. A día de hoy, la oposición tendría serias opciones de lograr la victoria en las elecciones presidenciales. Ahora bien, los comicios tendrán lugar en 2023, un horizonte suficientemente amplio para que la situación se invierta. Por tanto, las elecciones dibujan un amplio abanico de escenarios, donde la principal incógnita es hasta donde estaría dispuesto a llegar Erdogan para defender sus intereses en el caso de que el resultado de los comicios no le fuera favorable.
- En línea con la exaltación de los valores nacionalistas, el presidente ha acometido en los últimos años una reorientación de la política exterior, sustentada en el músculo de las Fuerzas Armadas. La política exterior se ha convertido, además, en una herramienta muy valiosa para posicionarse como el líder necesario para defender los intereses del país en el ámbito internacional. El salto de Turquía en términos geopolíticos ha sido mayúsculo. Cuesta encontrar un país que participe en tantos frentes a la vez. La decisiva intervención en la guerra de Siria y en la de Libia ha permitido aumentar sustancialmente su influencia en Oriente Medio y en el Norte de África. Asimismo, Ankara se ha alejado de sus tradicionales socios occidentales, con una política más asertiva y beligerante. Los puntos de fricción con Bruselas se multiplican e, incluso, la competencia por explotar los yacimientos de gas en el Mediterráneo han convertido la región en un polvorín. De igual forma, las diferencias con Estados Unidos se han agravado notablemente en los últimos años, como evidenció la imposición de sanciones en 2018. De momento Turquía ha demostrado una gran habilidad para capitalizar sus fortalezas y explotar las debilidades de sus rivales geopolíticos. Sin embargo, los frentes son tan numerosos que la posibilidad de que la tensión se dispare en alguno de ellos hasta niveles desconocidos es considerable.
- La economía ha resistido mejor de lo esperado las turbulencias provocadas por la pandemia. El extraordinario aumento de la actividad crediticia sostuvo la demanda interna y, con todo, Turquía fue una de las escasas economías que no entró en recesión en 2020. El crecimiento en el presente año también ha sido mayor de lo previsto, gracias al avance de la campaña de vacunación, la reactivación de los sectores más afectados

por la crisis sanitaria y el buen comportamiento de las exportaciones. Ahora bien, los tradicionales desequilibrios se han acentuado, especialmente las presiones inflacionistas. De igual forma, la depreciación de la moneda local se ha agravado, debido, en buena medida, a la intromisión de Erdogan en las decisiones del Banco Central. Desde la perspectiva de los mercados, el presidente se ha convertido en una de las principales amenazas para la estabilidad económica.

- Cabe esperar que los desequilibrios persistan, e incluso, se agraven en el corto plazo, teniendo en cuenta la pérdida de valor de la moneda en la segunda mitad del año y el aumento de la inflación a nivel mundial, como consecuencia del vertiginoso encarecimiento de los hidrocarburos y los cuellos de botella en algunos sectores. Para que la situación se revierta el Banco Central tendría que adoptar un giro en su política monetaria, una posibilidad que, ahora mismo, no cabe contemplar como escenario central.
- Pese a las turbulencias, las empresas turcas han resistido razonablemente bien. Aunque la dependencia de la financiación exterior continúa siendo elevada, los actores económicos cuentan con margen para afrontar, al menos en el corto plazo, un escenario exigente. Además, la posición de las entidades bancarias continúa siendo robusta, sustentada en un marco de supervisión y regulatorio adecuado. Ahora bien, la drástica depreciación de la lira podría suponer un *shock* excesivo para las empresas endeudadas en moneda extranjera, o para aquellas que pagan a sus proveedores en dólares y obtienen sus ingresos en moneda local.